

Capitalismo cognitivo y bienes comunes en la era digital

Francisco Sierra. Universidad de Sevilla.

Jesús Sabariego. Universidad de Coimbra

Introducción

A partir de 1990, el proceso de globalización capitalista acelera su salida a la crisis de acumulación fordista, iniciada en la década gloriosa del neoliberalismo, concentrando en el trabajo inmaterial, en la mal llamada economía creativa, un espacio de emergencia y desarrollo, que hoy por hoy exige una mayor reflexividad geopolítica sobre los procesos de reproducción simbólica ampliada y la lógica de valor que hoy impregna ámbitos no colonizados directamente como la Universidad o el sistema de ciencia y tecnología. Esta nueva realidad debe tomar muy en cuenta la aceleración de transacciones, la movilidad de activos financieros y una posmodernidad retrógrada que Jameson critica como nuevo inconsciente ideológico del capitalismo que afecta sobremanera a la práctica teórica y a la forma de concebir y organizar los bienes comunes de información y conocimiento en la era del Capitalismo Cognitivo. Desde este punto de vista cabe concebir las transformaciones de la era tecnológica digital como un proceso de recomposición marcado por:

- a. La fragmentación de las cadenas productivas de bienes y servicios creativos en economías de escala configurando mercados globales y redes de intercambio, producción y distribución que afecta incluso a las formas de acceso y consumo cultural (hipótesis Netflix).
- b. La intensificación de la movilidad, competencia y apropiación privada de los mercados culturales cautivos en el marco del Estado-nación (lógica Amazon).
- c. La mercantilización y uso instrumental de la cultura en procesos de especulación del capital rentista como por ejemplo el proceso de modernización de los territorios (tipo Google).

De acuerdo a este razonamiento, hablar de economía creativa y desarrollo cultural pasa, en cierto modo, por plantear la crítica económico-política de la innovación capitalista. La creatividad social es hoy una fuente de recursos a reapropiar que, paradójicamente, es compartida, es

pública y colectiva. La riqueza de las naciones depende hoy de la fábrica social, de la inteligencia general, de los flujos creativos, polimórficos y socializados de las masas. La cooperación y comunicación del trabajo colectivo es determinante en la era del lenguaje de los vínculos. Pero buena parte del discurso de la llamada Industria Creativa es coherente con la panoplia de discursos pro globalización capitalista ya sea en forma de reivindicación del consumo (la era del acceso, según Jeremy Rifkin) o de la proyección de la cultura de la fantasía (la sociedad del sueño, según Rolf Jensen), o de reivindicación de las formas creativas de apropiación y la economía de la experiencia, tal y como Joseph Pine y James Gilmore apuntan en sus escritos. La génesis de este discurso de la era de la creatividad puede retrotraerse a la concepción schumpeteriana de la innovación como proceso lineal y ascendente que, regulado por el mercado y el motor del crecimiento y desarrollo económico, permite articular círculos virtuosos de apertura y mayor complejidad en la organización social. Ello presupone:

- a. Procesos de mediación capaces de alterar los ciclos económicos.
- b. Agentes de cambio.
- c. Identificación de fuentes de ventajas competitivas y beneficios económicos.

En este horizonte conceptual, la cuestión es hasta qué punto la innovación es mimesis, imitación y adaptación, considerando la cultura, y en general la información y el conocimiento, un mero recurso o mercancía. En las siguientes páginas, se esboza algunas consideraciones para pensar la captura del conocimiento y la innovación que la cooperación social ampliada genera en la fase madura del capitalismo cultural o cognitivo y sus efectos en los modos de producir información y conocimiento.

VALOR, CAPITAL Y SUBSUNCIÓN EN EL POSTFORDISMO

Desde los años ochenta, el capital social relacional, siguiendo a Drucker, es considerado un insumo estratégico asociado al proceso de expansión empresarial. Una visión distinta de este proceso pasa por pensar el papel de la economía moral de la multitud. El capital social puede ser también concebido, siguiendo a Bourdieu, como “la suma de los recursos reales o potenciales ligados a la posesión de una red duradera de relaciones de reconocimiento mutuo más o menos institucionalizada” (YPRODUCTIONS, 2009: 33). El desarrollo depende, desde este punto de vista, del grado de cohesión en un proceso de tensas contradicciones en un proceso de erosión de las fronteras y límites de separación entre mundo de trabajo y mundo de vida, entre lo público y lo privado, entre capital social y capital económico. Así, si bien el capital social implica cooperación, confianza mutua, interacción y trama solidaria de lo social o pro-

común, la lógica de captura del valor impone una unidad de mando poco o nada considerada en los debates sobre los bienes comunes de movimientos como el software libre. Así, sabemos que, desde los procesos de Noneka/Takeuchi, el toyotismo modeliza una nueva lógica de producción postfordista que está en la base de los procesos originarios de la llamada Economía Creativa. Esto es, necesariamente hay que plantear la teoría y políticas públicas en la materia como un proceso de reingeniería social que inicia con la crisis de acumulación del fordismo-taylorismo. A partir de la misma, las formas de trabajo y expansión capitalista pasa a depender de reformas estructurales básicas como:

- a. La integración de actividades.
- b. La socialización de recursos y competencias.
- c. La coordinación interdepartamental.
- d. La innovación basada en la ciencia y la tecnología.

Esta política de reingeniería del proceso empresarial depende para ello de los principios de socialización, apertura, cooperación y autogestión, manteniendo la unidad de mando. En un proceso de transición de apertura de la empresa y la fábrica al espacio de lo común cabe pensar planteamientos como el Aula sin Muros de McLuhan o de la propia Economía de la Información como la necesaria ampliación de la lógica de captura del capital. En este marco emerge la figura del cognitariado, cuando la Universidad ya no es el centro de producción y transmisión del conocimiento y el capital tiene crecientes dificultades de captura del saber productivo al tiempo que actores sociales, grupos de comunicación y cultura, redes netactivistas pugnan por la función hegemónica de producción del conocimiento. En suma, la llamada economía creativa es un concepto-fetiché que oculta los dispositivos de la economía de la información y la subsunción de la economía del conocimiento por el capital que inicia con la retórica del advenimiento de la sociedad posindustrial (Daniel Bell), se impone como relato de nuestro tiempo como economía de la atención en virtud de los procesos colaborativos y la apelación a la experiencia como motor de la producción de valor (también en el sector servicios como el turismo), y adquiere legitimación internacional, en la propia UNESCO, con la idea de Sociedad del Conocimiento o del Aprendizaje y la revolución digital. Implícita, esta la idea de apropiación, conforme a la tesis de Boris Groys, del saber común por el capital. De acuerdo con su razonamiento, la innovación es, básicamente, una propiedad de la creatividad social por la que es necesaria transformar los saberes populares en conocimientos aplicables, esto es, convertir y facilitar el proceso de traducción de conocimiento tácito en conocimiento explícito, dado que todo saber es principalmente un activo latente. El proceso de valorización consiste en codificar públicamente el conjunto de saberes, creencias, prácticas culturales, técnicas de producción, experiencias y/o tradiciones del conjunto social o comunidad. “Transformando este conocimiento tácito en conocimiento útil se abre una fuente de informa-

ción y saberes que gestionada de forma apropiada deviene un valiosísimo recurso para la explotación empresarial” (YPRODUCTIONS, 2009: 36). Así, “la información y el saber son cada vez más tratados como un bien inmaterial apropiable. El carácter estratégico de los derechos de la propiedad intelectual reside en el hecho de que ahí se juega la batalla de las nuevas formas de patentes como apropiación privada de los conocimientos. En 1994, los acuerdos de Marrakech que crearon la OMC alinearon la legislación mundial relativa a las patentes a partir de las normas americanas. La novedad de esas patentes es que no se refieren solamente a las aplicaciones de las ideas y de las invenciones con la producción de mercancías, sino también a los conocimientos fundamentales cuyo monopolio corre el riesgo de bloquear la continuación de las investigaciones. En otras palabras, el dominio público en lo cual, y por lo cual, las ideas y las invenciones se producen es directamente el objeto de la apropiación. Esta apropiación del fondo común de conocimientos tiene por consecuencia restringir los derechos tanto de los autores como del público” (Mattelart, 2012: 75). Más aún, el problema de la propiedad intelectual ha sido restringido al derecho, al medio contractualista de derechos, legislaciones, tratados y monopolios cognitivos, que favorecen la jurisprudencia angloamericana y su biopiratería.

Sabemos que los bienes públicos comunes (cultura, información, saber, educación) como bienes naturales como la Amazonía han de ser defendidos como patrimonio de la humanidad. El bien patrimonial es un bien de lo procomún que se caracteriza por la indivisibilidad de su oferta que solo puede ser regulado para uso común. Pues cada miembro de la colectividad consume en su totalidad, este bien o este servicio, o se beneficia de la existencia de determinado stock de este tipo de bien si es accesible y no apropiable. Está demostrado por ejemplo que la información que se comparte no pierde valor y enriquece a sus miembros. Y que el progreso general del conocimiento depende de una suerte de comunismo científico que exige cooperación, contraprestaciones, comunalidad, intercambio y libre acceso, todo lo contrario de lo que hoy domina la práctica académica y la cienciometría de la llamada economía inmaterial.

TRABAJO, INFORMACIÓN Y CONOCIMIENTO

Toda actividad investigadora presupone una práctica teórica mediada por la sobredeterminación de la actividad creativa. Un modo de producción es una relación social compleja que está en la base y es lógica de mediación social de las formas de pensamiento y enseñanza. No hay posibilidad de conocimiento sin trabajo. Toda mediación cognitiva es o presupone un proceso de producción. “Esto implica que es el resultado del trabajo de la imaginación humana para elaborar ideas, conceptos, sistemas de ideas que articulan un margen más o menos amplio de dimensiones de la vida social que nos permitan comunicar lo que consideramos los procesos estructurantes o las formas más o menos permanentes o regulares en

el tiempo en las que se están organizando las sociedades, los modos de su cambio e

inclusive las experiencias individuales en el seno de ellas. (Tapia, 2013, p. 41) Eludir esto es negar la dimensión constitutiva esencial de toda obra o pensamiento, cuando no idealizar la llamada sociedad cognitiva. La multiplicación y densificación cotidiana de las nuevas tecnologías en nuestras sociedades –que han llevado a popularizar términos como los de sociedad de la información y/o del conocimiento para definir las características de un ecosistema comunicativo que nos envuelve y que acarrea nuevas formas de entender, no solo las relaciones sociales, sino también las formas de expresión política e incluso las dinámicas de desarrollo económico– resultan a veces tan opacas e impenetrables que el propio campo científico se niega a pensar reflexivamente las condiciones de su propia práctica académica. Así, por ejemplo, cuando abordamos problemas estructurales como el de la ciudadanía digital, la literatura especializada en la materia tiende a describir el nuevo ecosistema cultural a partir de una serie limitada de problemas relacionados con la brecha digital –como un nuevo factor que estructura la exclusión social–, con la reconfiguración de las formas de vivir y percibir el espacio público y con la revisión de los derechos fundamentales, a raíz de las transformaciones que acompañan al proceso de globalización, entendido este como un cambio en las condiciones en que se define y ejercita la ciudadanía. En menor medida se abordan cuestiones geopolíticas –tales como los modelos, políticas y estrategias de posicionamiento de la economía y la sociedad– desde miradas transversales que problematicen las propuestas y discursos dominantes en la materia, como parte del proceso de inserción en la economía global. Al tiempo termina siendo necesario repensar las mediaciones que atraviesan

y definen en la actual fase de desarrollo histórico el llamado Capitalismo Cognitivo. Inclusive si hablamos de producción y difusión del conocimiento, o, en términos estrictamente académicos; si es que alguna vez se pudo y fue pertinente hablar en tales términos idealistas. Así, si los procesos de acumulación por desposesión son una característica del modo contemporáneo de explotación capitalista, por otra parte, discutir los sistemas de propiedad intelectual y sus efectos en el conjunto de las industrias

culturales y sistemas de información y conocimiento se torna, a nuestro entender, una prioridad estratégica. Este esfuerzo apunta a repensar las formas de determinación del trabajo creativo, la jerarquización de los discursos científicos –y de las autorías– con la que hoy se encubren desigualdades de la división internacional del trabajo intelectual entre el Norte y el Sur globales. También, problemas concretos como la centralización y el oligopolio de las plataformas de divulgación científicas –las cuales se encuentran basadas en criterios típicos de un diagrama en el que se valora un tipo de rentabilidad ajena a la producción de nuevo conocimiento. Incluso, la estigmatización de determinados campos dentro de las disciplinas por su baja rentabilidad económica como sucede con el

declive de las humanidades. En este marco, la politización de la *decolonialidad* del saber-poder en nuestro ámbito proyecta en esta línea un programa de trabajo a discutir. Es necesario abonar el principio de apertura de espacios de cooperación y apropiación del conocimiento en función de los cambios en la producción académica, la cual se ve determinada por la relevancia de lo virtual sobre lo presencial y la centralidad de la mediación social de la ciencia. Por esto es fundamental, como decimos, discutir los sistemas de propiedad intelectual y sus lógicas estructurantes; también, ante la radicalización del sistema de apropiación del conocimiento – como patentes y copyright– que, con otros tipos de mecanismos regulatorios, se impone con fuerza a través de diferentes escenarios geoestratégicos de la llamada Sociedad del Conocimiento.

En estos contradictorios procesos radica la lucha en común que ULEPICC, y otros colectivos académicos como la FIM, pretende avanzar con los movimientos políticos y sociales contra de los abusos y la radicalización de los sistemas de patentes y otras formas de monopolios artificiales sobre bienes materiales e inmateriales, en pro de un biosocialismo de los bienes de información y el conocimiento de Código compartido.

Desde este punto de vista, el luchar *por el código* pasa por una práctica académica, política y social que genere conciencia crítica sobre los esquemas jurídicos y tecno-sociales que continuamente nos regulan; haciendo una defensa de la economía social del conocimiento y de los bienes comunes frente a agendas políticas científicas y dispositivos de difusión que cercan y limitan la creación intelectual por la exigencia de acumulación y valorización capitalista. En particular, la determinación y naturaleza contingente de toda producción de conocimiento social hoy se torna mayor, debido al proceso de industrialización y tecnocratismo que envuelve la tarea de pensar en una academia crecientemente colonizada por la lógica abstrusa de capitalización. Ello implica un problema de Sociología del Conocimiento y de Teoría de la Ideología; en el sentido de intentar problematizar las nuevas formas de práctica teórica en los contextos histórico-culturales contemporáneos, desde el punto de vista –en el sentido benjaminiano– del *sensorium* del actual modo de información que rige en el Capitalismo Cognitivo. Los efectos empírico-teóricos, y las posibilidades

emancipatorias frente a las derivas de los nuevos contextos socio-técnicos

propiciados por la reestructuración del modelo de acumulación capitalista

y los acuerdos de libre comercio transatlánticos que afectan hoy a la práctica académica en Comunicación– son evidentes. Están presentes en la vida del *cognitariado*, definen y gobiernan su organización y modus operandi, con el que han de compatibilizar viejos principios y modos de concepción de las Ciencias Sociales y las Humanidades clásicas y exigencias productivas e instrumentales inmediatas, las cuales son impuestas

por las agencias y nuevos actores del sistema de ciencia y tecnología universalmente. En este contexto, numerosas son las cuestiones a pensar y definir como líneas de investigación desde un enfoque sociocrítico. A saber:

- El estudio de las formas de la subsunción del trabajo académico.
- El análisis de las políticas públicas del sistema de ciencia y tecnología y las nuevas formas de neocolonialismo.
- La imposición de nuevas gramáticas en la escritura académica.
- Las contradicciones de la difusión del pensamiento y los límites al desarrollo científico que imponen los oligopolios del conocimiento.
- La crítica teórico-metodológica de los sistemas de indicadores de impacto y sociometría como cercamiento del trabajo creativo.
- La problematización del derecho de propiedad intelectual y la defensa de sistemas de acceso libres para una ciencia ciudadana con formas de institucionalidad favorables a una economía de los bienes comunes del conocimiento y la democratización de la práctica científica.
- La transdisciplinariedad que las humanidades digitales y los modos de investigación en red, mediados tecnológicamente, que se imponen como exigencia al nuevo sujeto cualificado del conocimiento.

Pese a los cambios notorios que se han producido por ejemplo con el asalto neoliberal a la Universidad en Europa, este tipo de debates o planteamientos de investigación parecen hoy marginales o irrelevantes, pese a la creciente conciencia difusa de los trabajadores intelectuales. En parte, tales cuestionamientos tienen lugar en un contexto estructuralmente hiperconcentrado y bajo el dominio del relato neoliberal. Las multas millonarias de la UE a gigantes como Google no resuelven el acceso restringido al conocimiento. Las prácticas monopólicas de estos actores globales (GAFAM) –los cuales trabajan con la inteligencia social general están en la base de nuevas lógicas de poder y control de la videovigilancia– directa o indirectamente sobredeterminan la propia práctica académica, con la consabida renuncia a una política antagonista en el frente de la ciencia y la tecnología. Los indicadores de Google Scholar, o los monitoreos de fuentes de Google Search, prevalecen de hecho en los sistemas nacionales de ciencia y tecnología. Frente a la tradición de la filosofía de la sospecha y la organización autónoma de la actividad investigadora –que debería prevalecer para una articulación verdaderamente productiva de la actividad científica– hoy los responsables de evaluación y acreditación de la mayoría de gobiernos, con independencia de su lineamiento político e ideológico, replican acríticamente el mantra de los actores globales corporativos incidiendo en la pérdida de autonomía del campo académico por el metarrelato neoliberal de la eficiencia y el discurso de la Calidad Total, cuya lógica permea –como ha revelado en su

genealogía Armand Mattelart– el propio modelo de construcción de la llamada Sociedad del Conocimiento.

Más allá de determinismos reduccionistas, convendremos determinar no obstante que, hoy por hoy, y pese a lo reiterativo de la panoplia institucional de argumentos al respecto, no es posible hablar de un único modelo de sociedad de la información. La propia UNESCO prefiere utilizar el término sociedades del conocimiento, poniendo el acento en la diversidad de modelos existentes. La falta de acuerdo en el tipo de indicadores que pueden definir el nivel de integración en la sociedad global de la información y la interrelación de las dimensiones políticas, sociales y económicas en este propósito hace más urgente, si cabe, la necesidad de reflexionar críticamente sobre la planificación y evaluación de las políticas públicas en materia científico-tecnológica. Pues, a todas luces, es evidente que cuando discutimos el Capitalismo Cognitivo y los discursos de Sociedad del Conocimiento, estamos definiendo el modelo de mediación social de la ciencia, esto es, la propia reconfiguración de la esfera pública, del espacio público, merced al impacto de las nuevas tecnologías que tiene consecuencias fundamentales directamente en el ejercicio diario de la ciudadanía.

TECNOLOGÍA, EDUCACIÓN Y DEMOCRACIA

Por un lado, a las nuevas tecnologías se le suponen una serie de potencialidades en el plano sociopolítico, entre las que destacan las de refundar las formas de socialización en las esferas privadas y los espacios públicos, reducir el fenómeno del déficit democrático así como la desafección ciudadana, contribuyendo a los procesos de desarrollo, innovación y mejora de las posibilidades de participación democrática. No obstante, la innovación tecnológica no tiene por qué coincidir necesariamente con consecuencias trascendentales y positivas para los modelos democráticos de organización. Antes bien, haciendo un ejercicio de memoria histórica, se podría considerar que las esperanzas puestas en la superación de los conflictos sociales, políticos, culturales y económicos a través de las nuevas tecnologías –además de suponer la reedición de los discursos difusionistas que ya vieron luz con anteriores revoluciones tecnológicas– responden a una mitificación ideológica cargada de racionalidad instrumental, por más que se pretenda fundamentar, discursivamente, por el propio sistema de ciencia y tecnología. De hecho, en la proclamada era de la educación expandida hemos vivido un creciente deterioro del sistema universitario y una paulatina privatización del dominio público en este ámbito, tanto que hoy el propio sistema nacional de investigación depende

de plataformas concentradas de información y conocimiento que marcan las reglas de la meritocracia académica, en un proceso de clara transferencia de recursos del Estado a corporaciones privadas. Por ello, algunas entidades como

CLACSO han apostado en firme por REDALYC y los repositorios abiertos de conocimiento. Pero en el marco de referencia de las autoridades científicas dominan las compañías del Norte: Elsevier, Thomson Reuters, y otras que imponen una *netputación* del todo dudosa –ya que existe una opacidad constitutiva sobre los dispositivos de valorización de estas plataformas privadas en su proyecto hegemónico de dominio de la práctica académica colonizada. La lucha por el código implica, en esa línea, la liberación de algoritmos que hoy las corporaciones protegen y justifican –como antaño en el modo de producción feudal el estamento sacerdotal limitaba el libre acceso a la fuente de todo conocimiento para reproducir la posición social y económicamente privilegiada. La econometría reedita así hoy, en la evaluación de la productividad académica, la historia como farsa de los nuevos mandarines en nuestro tiempo. Los rankings de universidades, revistas, departamentos y centros de investigación, la cultura de libre competencia y productividad del Sistema científico-técnico rompen con el principio de cooperación que rige, necesariamente, en la comunidad académica para el avance y progreso general del conocimiento. En otras palabras, conforme avanza esta lógica *parametral* del Capitalismo Cognitivo, se impone una cultura privativa, de alienación del conocimiento de su origen público y común como característica primordial de

la actividad investigadora. Una clara constatación, o efecto más pernicioso, es la invisibilidad del campo regional y el neocolonialismo del Norte. Apenas unas pocas revistas latinas aparecen en Web of Science, pese a la mejora en los últimos años. Las políticas de ciencia y tecnología imponen además el criterio de la difusión, no la calidad, como elemento o indicio de validación de la productividad científica. Se observa en este proceso una suerte de neocolonialismo –en este caso angloamericano– que exigiría ser evaluado desde el punto de vista cualitativo. En cualquier caso –sin entrar a cuestionar la calidad de los productos difundidos en este modelo– lo cierto es que la imposición del inglés como lengua franca en la ciencia, sin discusión alguna, es resultado de una política pública que socava las bases culturales propias, que acepta una lengua foránea – solo *una*– como lengua vehicular no solo en organismos internacionales, sino incluso en las propias publicaciones académicas, por primera vez en la historia después del latín. La paradoja es que en espacios como la UE, donde se han invertido millones de euros –y antes *ecus*– para fomentar la diversidad y pluralismo lingüístico, con redes como los Centros de Documentación Europea (CDE), finalmente se termina por justificar el monolingüismo por razones presupuestarias. Se niega así la dimensión cultural e ideológica asociada a esta lengua en la gestión pública.

En este sentido, la crítica al Capitalismo Cognitivo y la defensa de una

Ciencia Abierta pasa por abordar la cuestión central de esta discusión: reconocer o no la naturaleza comunal del conocimiento. Más allá de las tesis del *General Intellect* de Marx, lo cierto es que en la era moderna el capitalismo ha impulsado el principio comunitario de organización del trabajo científico defendido por los clásicos del funcionalismo sociológico. Y ello significa un modelo de reproducción del capital cognitivo basado en prestaciones y contraprestaciones, en socialización y acceso libre, en una visión en fin de servicio público. Lo común, del latín *munus*, como bien advierten Laval y Dardot, remite a la doble faz de la deuda y del don, del deber y el reconocimiento, propios del intercambio simbólico. Sin reciprocidad y equidad no hay conocimiento posible. *Los términos communis, commune, communia o communio, formados todos ellos con la misma articulación de cum y de munus, significan no solo lo que es puesto en común, sino también y sobre todo a quienes tienen cargos en común. Lo común, el commune latín implica pues, siempre, cierta obligación de reciprocidad ligada al ejercicio de responsabilidades públicas. (Laval & Dardot, 2015).* Solo así es posible el círculo virtuoso de construcción de comunidad científica y de excelencia. Bien es cierto que la lógica *managerial* de los círculos de calidad y el modelo toyotista es el que impone un régimen o práctica académica de rendición de cuentas poco habitual en la lógica tradicional de funcionamiento del campo. Pero hoy los índices, rankings y política de competencia que rige los sistemas de producción cognitiva anulan toda la potencia del principio de comunalidad en el trabajo científico. La colonización de las formas mancomunadas de investigación y docencia es un hecho. Por eso hablamos de subsunción del trabajo intelectual por el capital. Esta captura no es posible sin el papel dominante del Capital Financiero. Los fondos buitres y el capital ficticio dominan no solo el ámbito de los medios de comunicación sino de la propia producción de conocimiento, tal y como vimos en la crisis de las punto.com. Ya sabíamos de las conexiones de lobbys – como el Grupo de Diarios de América con el capital financiero internacional– o la dependencia de las agencias de prensa internacionales –como Reuters– de quienes procuran, vía agenda setting, imponer ciertas coberturas de la crisis. En menor medida, sin embargo, se ha abordado la relación entre el Capitalismo Financiero y la investigación y práctica académicas –pese a la inmersión cotidiana de los comunicólogos en una lógica de captura propia del capital rentista, siguiendo la cultura de subasta y especulación propias del capital ficticio. Dos ejemplos ilustrativos de esta lógica es la transferencia de recursos propios, salariales, del investigador al pago de traducciones y derechos de publicación en plataformas privadas que explotan el trabajo académico, e incluso, detraen recursos monetarios del propio investigador. El otro ejemplo es la lógica del cálculo que rige la función editorial de las revistas académicas, más preocupadas en índices de impacto y cotización en la bolsa de los conocimientos validados –como sistema de valorización (ficticio)– que por la calidad de los contenidos y objetos de conocimien-

to. Al grado que algunas publicaciones consideran que el rechazo –en una clara operación de cálculo interesado– de alrededor del 90 o 95% de los originales recibidos, garantiza un posicionamiento y factor de impacto mejorado. Esto es, los propios editores (y las editoriales consorciadas como oligopolios dominantes) imponen una lógica de escasez de espacios, canales y procesos de difusión del saber como forma de valoración de su propia plataforma; en una incansable competencia cuyo resultado evidente es la depauperación de los contenidos, la selectividad y exclusión de un amplio

contingente de investigadores (destrucción creativa) y, tendencialmente, la homogeneización por la exigencia de citas y creciente autoreferencialidad que demuestran estos escasos espacios y las agencias de calificación (privadas) que definen dichos criterios con total opacidad, imitando el procedimiento de las agencias de riesgo en los mercados de futuro. Es por ello que, en 2013, organizaciones como el Wellcome Trust y el Consejo de Financiación de Educación Superior para Inglaterra suscribieron la *Declaración de San Francisco de Evaluación de la Investigación* (DORA), que opta por que los factores de impacto sean desechados como base para las decisiones de financiación, de nombramientos y ascensos.

A nuestro modesto entender, la Universidad debe confrontar el Capitalismo Cognitivo en su terreno y volver a aprender a pensar, en el nuevo contexto de subsunción del trabajo intelectual, desde las preguntas intempestivas, partiendo de lo elemental: para que investigar y enseñar, con quién desde dónde. No vamos a extendernos en el análisis a todas las preguntas implícitas en este cuestionamiento que remitirían a una discusión sobre el sentido de la docencia en términos de filosofía de la educación. Pero vale la pena reconocer –básicamente, a modo de respuesta preliminar– que hoy se impone una investigación administrativa, sometida, desequilibrada, instrumental, acrítica, inconsistente, banal, medida y replicada insustancialmente en su absoluta irrelevancia. Hablamos al menos desde las Ciencias Sociales, pero cabe observar que en campos como la medicina o la ingeniería esta colonización es mucho anterior, más intensiva, llegándose a abordar problemas de conocimiento insignificantes para dejar de lado otras cuestiones que los intereses creados de farmacéuticas, grandes emporios o el propio capital financiero eluden promover por su escaso retorno monetario.

En este sentido, podemos formular tres críticas iniciales –en términos de la lógica económica neoliberal– a discutir desde la Universidad en este proceso:

1. Eficiencia. Tal y como demuestran los estudios de campo, la eficiencia es solo una promesa en este modelo del Capitalismo Cognitivo. Gran cantidad de investigadores quedan excluidos fomentándose con la com-

petencia cuellos de botella y dificultades de acceso que invierten el equilibrio de la correlación recursos-resultados. Esto es, como la propia economía neoliberal, el modelo de cultivo del Capitalismo Cognitivo es evidentemente ineficiente en el ámbito de la investigación social. La lógica parasitaria que promueve arruina el talento, aportes y actividad de un gran número de investigadores por la imposición del principio de escasez de canales, recursos y fuentes para su actividad. Un ejemplo doloso evidente de esta ineficiencia tiene que ver con la difusión del conocimiento. Es evidente que no resulta nada favorable para un Sistema nacional de ciencia y tecnología una política que invierte dinero público para ser transferido al centro del capital –Estados Unidos, por ejemplo, y sus oligopolies del conocimiento– negando la pervivencia de una industria editorial propia de

revistas, por la exigencia de publicar en monopolios como Thompson Reuters. Los estudios sobre el coste de publicar en inglés ya han sido desarrollados ahora que se insiste desde el Instituto Cervantes en el valor económico del español. Los economistas neoliberales no analizan por ejemplo el coste de que cada investigador o ciudadano tenga que aprender el inglés por imposición –ni las dificultades de adquisición de ciertas destrezas y competencias lingüísticas en el caso de campos especializados como la ciencia. Según Hoppe (2015), para Reino Unido son más de 13.000 millones anuales de beneficio, los cuales deberían considerarse un claro perjuicio para el desarrollo de la industria cultural latina. Por no mencionar las acciones que han iniciado, en la propia docencia y organización del campo, de la resistencia del cognitariado en forma de sabotaje y huida de esta lógica de la exclusión. Entre la actitud perversa de los investigadores de un sistema que no reconocen – porque resulta injusto e improductivo– y la subversión activa opuesta al modelo imperial que se introduce en la Universidad, el caso es que el modelo de organización resulta menos productivo en proporción clásico de la modernidad.

2. *Calidad y competencia.* Como sucede en otras ramas y sectores de la actividad económica, la precariedad de la fuerza de trabajo incide directamente en la baja calidad del servicio. Una academia precarizada, sin consideración de la industria – nunca la tuvo–, está llamada a bajar los estándares de calidad justamente por la homogeneidad de indicadores neopositivistas de producción que hoy rigen en la lógica difusora que impera con la competitividad. La obsesión por la excelencia ha llevado, en esta inercia, a todo tipo de planteamientos: desde el plagio en el inicio de la carrera investigadora de los más jóvenes, presionados por una exigencia de productividad nada razonable en un proceso largo de formación, hasta el pirateo y la repetición sin creatividad de los investigadores *senior*, obligados a trabajar sobre ciertos tópicos y metodologías que impone el sistema, por no olvidar la ausencia de producción teórica original ante el

empirismo reinante que todo lo gobierna. La cultura de los ganadores impone en esta dinámica la abstracción de la ciencia como resolución concreta de problemas que oculta y olvida los descontentos y deshauciados de este modelo neoliberal. El modelo crediticio de Bolonia, valga el juego de palabras, ha desacreditado así a tal grado la academia que empiezan a renunciar los más jóvenes a una Carrera sin sentido, además de algunos de los mejores y más veteranos académicos, por la loca carrera de impactos requeridos, sin diálogo ni construcción en común. El conocimiento es –siempre lo fue– compartido. Crece si se comparte, porque la vida está tramada, también la ciencia, en ecosistemas. Nacer, dice Morin, es conocer. Y como en la vida, no es recomendable soñar en islas de Robinson, sino en archipiélagos conectados de áreas, departamentos, grupos, institutos y universidades. Conectar, compartir, dialogar son las lógicas de cooperación que hacen posible el avance del conocimiento. Esta es *conditio sine qua non* para el progreso del saber. Por ello confundir la calidad de un medio de difusión con la calidad en sí del producto difundido, o identificar excelencia con un puesto en un ranking es más que un indicio. Se trata más bien de una señal confusa del ser, el deber y el estar que ha de distinguir a todo sujeto de conocimiento.

3. *Innovación*. Finalmente, la crítica del Capitalismo Cognitivo ha de cuestionar el fetichismo de la economía emprendedora ante los monopolios

virtuales. En la era del turbocapitalismo, renovarse o morir actualiza, según hemos visto, el discurso *schumpeteriano* de la destrucción creativa como principio irrenunciable de la docencia y la investigación. Al amparo de este discurso mixtificador se favorece la concentración de presupuesto en áreas, grupos, territorios, departamentos e investigadores selectos, reduciéndose las condiciones de acceso a recursos por el conjunto y mayoría del campo académico en general. Ya hemos argumentado lo ineficiente de este modelo. Pero más allá aún, el problema de la destrucción creativa, como decimos, no solo es su ineficiencia sino que, por ende, excluye a amplios conjuntos de investigadores, sin incrementar la innovación pues,

como decimos, uno ha de investigar lo que el sistema financia o publicar aquello que las jerarquías establecidas definen en la posición de poder desde ciertas plataformas oligopólicas de difusión del conocimiento. Por otro lado, el sistema de cercamientos del Capitalismo Cognitivo objetivamente limita la innovación. Primero porque no está demostrado que con la contribución científica el Sistema reconozca un retorno a los trabajadores del campo. Esta realidad se da por lo general en el propio Estados Unidos (productividad intensiva y elevada concentración de fondos en grupos y proyectos de I+D prestigiosos) o, como demuestran Haffman y Radder, en otras latitudes como Holanda. El paso de la “biscuit factory” a la “Factory logic” representa la reducción de diversidad, equilibrio, criticidad y cultivo de áreas como las humanidades, consideradas de baja eficiencia productiva, por no ser directamente rentable según la

lógica neoliberal; lo que sin duda elimina una de las condiciones para la innovación: la diversidad. Por otra parte, la creatividad tanto en la docencia como –para el tema que nos ocupa– la investigación es notoria en los últimos años. La reorganización de las funciones directivas en la universidad –siguiendo los esquemas de la empresa postfordista, con mayor control jerárquico y menor autonomía en los procesos, incluso a nivel micro con la burocratización– reduce el margen de creación por la imposición de lógicas tecnocráticas que poco o nada tienen que ver con la pregonada cultura innovadora a promover en instituciones inteligentes. La conminación a publicar, la serialización de lo mismo en las revistas top indexadas, la estandarización, aún especializada, de la ciencia da cuenta de la lógica de ley de hierro del capital en la práctica académica cuando se elimina la condición de todo acto creativo: la autonomía. Como ya nos explicara Bourdieu, aquellos investigadores que no se rinden a las concesiones propias de un hacer productivo determinado por esta lógica productiva quedan al margen, ignorados, invisibles, obliterados en la historia y estructuración del campo específico de investigación. Y esto de forma cada vez más determinante. La precarización a la que hacemos referencia es el reverso de la conversión en mercancía del propio investigador y su promoción reticular por portales privativos que nos hacen cotizar en bolsa, con independencia del valor real y efectivo del trabajo realizado. Cabe advertir al lector que esta aventura apenas ha iniciado. Es previsible que cuando Google Scholar se convierta en referencia métrica de revistas científicas como parece ser con Journal Scholar Metrics, el papel de la Universidad será trabajar para Silicon Valley. La colonización obviamente no es solo lingüística. Se trata de la subalternización de los conocimientos, instituciones y formas de producción local, de acuerdo a la captura del trabajo vivo que imponen los GAFAM y otras corporaciones financieras. Cabe pues cuestionar el futuro de la Comunicología a la luz de este contexto del que, lamentablemente, apenas se ocupa, en términos de Economía Política del Conocimiento.

Si no queremos ser esclavos de la promesa de salvación, siempre postergada, de los apologetas del Capital, la alternativa a una lógica como esta, además de la resistencia y oposición al modelo neoliberal que prevalece en la Universidad, pasa por la construcción de una Economía del Conocimiento como Bien Común basado en la cooperación frente a la competencia. La educación y el conocimiento libre, la ciencia para la sociedad por una democracia deliberativa, y la introducción de tiempos lentos frente a la exigencia productivista, cuantitativa, alienante y dispar en términos de calidad, consistencia y pertinencia de la investigación apuntan hoy en el Capitalismo Cognitivo un programa y agenda de trabajo por definir colectivamente entre el *cognitariado*.

Previsiblemente, en los próximos tiempos serán comunes las huelgas, sindicación y luchas del campo de investigadores en nuestras universidades para definir agendas y políticas públicas así como indicadores alternativos ante tal estado de la cuestión. Esperamos que de estas luchas incipientes se avancen políticas para otro modelo de formación de las capacidades de investigación y formación del talento humano, cultivando nuevos ecosistemas mancomunados de socialización comunicacional, institucionalidad universitaria y académica al servicio de la sociedad y de los bienes comunes, en pro de infraestructuras y tecnologías abiertas, así como plataformas públicas y libres para la circulación de información, datos y conocimiento en cogestión y participadas. Sólo así es posible referenciar un modo de práctica académica distinta que trascienda la subsunción del trabajo intelectual por el capital. Ello presupone una *Ciencia Ciudadana Abierta*, capaz de considerar [...] *aspectos, espacios y tiempos de la vida social antes no trabajados con el mismo conjunto de conceptos y de métodos ya existentes, produciendo así una red un poco más densa y continua de relaciones sociales, es decir, producir una síntesis cognitiva que implique un mayor conjunto de relaciones explicadas, aunque sea con el mismo conjunto de conceptos preexistentes.* (Tapia, 2013, p. 47. Pensar la investigación, desde este punto de vista, significa, en fin, explorar el territorio local, construir genealogías del saber-poder informativo, reconocer los saberes locales, las costumbres y modos de producción comunales y la regulación de la inteligencia social general.

CONCLUSIONES

Hagamos un perverso ejercicio de inversión ideológica, imaginemos, a contrapelo de la historia, como Benjamin, una distopía retrofuturista de estética steampunk, en la que tuviera lugar la historia del capitalismo transformada en farsa, en espectáculo, licuefacción - parafraseando a Karl Marx y Friedrich Engels- en la que todo se desvanece en el aire o se torna líquido con el capitalismo cognitivo. Pensemos en dos personajes para nuestra historia, si hubiera que sintetizar en esa falsa repetición vendida como transición dos caracteres relevantes que encarnaran a grandes rasgos ese paralaje, dos actitudes que alimentaran su imaginario estético y por ende político, no sólo a golpe de martillo, sino también a golpe de click, una sería una figura indignada, dispuesta a acabar con el sistema, mientras que la otra se situaría al margen, en una evasión diletante de cuanto implique dicha pugna, en la defensa del goce hedonista y los placeres de los que pudiera sacarse provecho, de la posibilidad a la imposibilidad, como en la ciudad de Mahagonny, de Bertolt Brecht.

Esta caracterización de trazo grueso, sin matices, encontraría su correlato en el rechazo actual del ciberpesimismo trágico a la tecnología como portadora de nefastas conse-

cuencias, que podría entenderse como una versión 2.0 del luddismo y una metáfora del odio a la máquina de vapor en la revolución industrial. Del mismo modo, el ciberoptimismo festivo, que nos dice que la tecnología nos liberará del trabajo generando los recursos para que podamos tener un cada vez mayor ocio o tedio interconectado y lleno de vivencias a través de las redes sociales de Internet, el nuevo flaneurismo nómada telemático que adolece cuanto menos de cierto candor, cuando no esconde -diría Oscar Wilde- un total cinismo.

Como en *Esperando a Godot*, cada personaje de nuestra distopía esperaría a su modo, en cómodos asientos ergonómicos que proporcionan masajes a la carta a través del pago mediante una app del móvil, la llegada de una aurora que trajera la liberación de las máquinas, bien para llevarse consigo las tediosas razones de la vida urbana moderna, bien para devolvernos el vértigo hedonista del protagonismo sobre nuestras propias vidas, eliminando las dificultades y sinsabores de la lucha por la supervivencia. Lo harían, por supuesto, mientras criticaban a la máquina y sus riesgos y peligros, disfrutando del tedio, léase ocio o viceversa, en cualquier centro comercial, conectadas a la wi-fi de este, actualizando sus perfiles en redes sociales o los servicios de mensajería en las pausas o los silencios de su diálogo, incluso con los mensajes, comentarios y posts más revolucionarios que cupiera imaginar.

Somos conscientes de que no estamos inventando nada nuevo, Charles Chaplin -el rey de la tragedia como farsa-, representó ambos personajes, en *Tiempos Modernos* y también a través de las películas de su trasunto Charlot, llegando a la perversa mistificación de sus roles en *El Gran Dictador*. Aún así, nos preguntamos qué perfiles tendrían hoy el obrero de la primera, el vagabundo que corre de la policía y no para de meterse en líos y, sobre todo, qué relación hay entre los anteriores, el barbero de barrio, el dictador y qué supone la tecnología actualmente para esas relaciones que desbordan lo arquetípico entre estas dimensiones y estas actitudes, políticamente, esto es, tecnopolíticamente.

El desarrollo de lo que llamamos capitalismo cognitivo, es decir, cómo el capitalismo organiza nuestra vida, nos aliena, explota y extrae valor -beneficio- de nuestra actividad cotidiana, trabajo, ocio, opiniones, afectos y emociones, a través de la comunicación, mediante la máquina y la disolución de sus procesos, técnicas, métodos, razones y fines, en nuestra propia conciencia, nos habla siempre de la desmaterialización en el aire de las formas de opresión capitalistas que, incluido el trabajo, en la medida en que se tornaban virtuales, desapareciendo de nuestra vista, por la alianza entre la tecnología y la deslocalización, se han vuelto progresivamente más poderosas al haberlas interiorizado, inaugurando nuevas formas de dominio y control basadas en la tensión entre el riesgo y el miedo como formas de regulación dirigidas hacia nosotras, que tienen lugar en nosotras mismas, activadas por nosotras mismas, de las que somos protagonistas ante un horizonte digital cada vez más poblado de expectativas y un presente, un futur antérieur diríamos, cada vez más en el aire, precarización mediante.

Secularmente, el capitalismo se ha hecho fuerte destrozando los vínculos afectivos y materiales comunes entre seres humanos, estableciendo un cortocircuito entre estos para restituirlos desde la ficción del contrato esgrimido por un mediador fabricado a su ima-

gen y semejanza, el mercado, el Estado, desarrollado a través de dispositivos de control y coerción de la más diversa índole, desde la cultura a la organización “racional” y “científica” del trabajo y el ocio, el Derecho, la escuela, etc., una mediación que cede ahora protagonismo a las tecnologías interconectadas del yo, instrumentalizadas mediante aplicaciones móviles por gigantescas corporaciones multinacionales que extraen valor del mero gesto de mirar el móvil y nos mantienen ensimismadas, oh, paradoja, cuando más hiperconectadas estamos.

Si la resistencia al capitalismo industrial puede reconocerse inicialmente en estas dos actitudes ante la alienación que ejerce mediante la máquina, por un lado el rechazo activo del luddismo y, por otro, el pasivo del flaneur, las posteriores luchas históricas por la apropiación de los medios de producción y su socialización podrían leerse hoy como las luchas por el código y la apropiación de la tecnología, el nuevo fuego de Prometeo del que habla nuestra compañera Stefania Milan, por parte de los movimientos sociales. Aunque la llamada economía de bolos, gig economy, en referencia a la precarización del trabajo en las industrias culturales, como correlato de la precarización de los sectores productivos y la economía informal inducida por la tecnología P2P, muestra hasta qué punto el capitalismo aprende de las resistencias e iniciativas desde abajo, el caso de las economías colaborativas, y es capaz de transmutar estas en su contra para escapar a cualquier posibilidad de control democrático.

El odio a las máquinas en la revolución industrial que encarnaran los ludditas en las primeras décadas del siglo XIX, se ceba en nuestros tiempos con las tecnologías digitales de la comunicación mientras que el nomadismo flaneur las defiende como un paraíso digital que permite evadirse de los sinsabores de la vida moderna y del desierto de lo real, en la terrible imagen de Tácito que Slavoj Žižek toma prestada. Ante la falsa elección de una pastilla roja o azul que nos anestesia, tal y como aparece en Matrix, queremos -siguiendo a Žižek- una tercera pastilla, no para evadirnos o destruir la máquina, sino para apropiarnos de esta y reescribir su código en función de nuestras necesidades materiales, también espirituales, culturales, de nuestras dignidades concretas, fruto del encuentro, del contacto y el intercambio, en un ejercicio por recuperar la corporeidad, lo tangible, sin perder lo inmaterial de nuestras condiciones, nuestras prácticas, diversas, diferenciadas, desviadas, humanas. Raíces y alas, en el verso de José Martí. Para ello, la tecnología es una aliada, no una sustituta, la lucha por el código, por la apropiación de la tecnología, es la lucha por apropiarnos de nuestras propias historias, por poder escribirlas con nuestras propias palabras y extraer valor de ellas para lo que nos es común, por dotar de sentido, de historia y memoria a lo que nos es común desde lo que nos es común, nuestros deseos y aspiraciones, no desde los deseos que nos inoculan y a los que nos inducen. Es una lucha por la distribución de los recursos de los que el capitalismo cognitivo se apropia sin freno alguno, ante nuestros ojos, con nuestro consentimiento a golpe de click.

Si, volviendo a Marx, la posibilidad de transformación estriba en el cambio de la conciencia, de la cognición de una misma y el paso a la cognición de nuestras necesidades, para con nosotras mismas, la perversa distopía nos mostraría que el Big Data, la nueva mitología del oráculo levantada a partir de la capacidad de gestión de los datos masivos que generamos a través de nuestras interacciones hiperconectadas al ritmo incesante de

producción del capitalismo cognitivo, sabe más de nosotras que nosotras mismas, siendo capaz de predecir -e inducir- nuestro comportamiento de forma individualizada, diseñando modos de vida e incluso preocupaciones que poco o nada tendrían que ver con nuestras necesidades y deseos, pero que le generarían pingües beneficios y nos mantendrían anestesiadas las conciencias, pendientes de un qué inducido y lejos de un cómo propio, crítico, ofensivo y propositivo.

En la era de Cosmópolis, de David Cronenberg, la era del Cosmocapital, la pregunta por capciosa, y no menos relevante, de un escenario complejo e intrincado como el de la comunicación-mundo es QUÉ HACER. La reflexividad sobre el nuevo horizonte cognitivo de un marco histórico-cultural distinto exige repensar, primero, aportes fundamentales para la crítica. Cumplido recientemente el 150 aniversario de publicación de El Capital es preciso volver a pensar nuestra caja de herramientas como filosofía del trabajo y hermenéutica de la totalidad social. Esto es, pensar el papel de la crítica, los contornos y perfiles de la sociedad posmoderna liberal y la articulación de la acción y la razón en tiempos de libre comercio para comprender el proceso de configuración del trabajo abstracto y la función estructurante de la mediación social.

En este empeño, la crítica necesita deconstruir con capacidad de asombro y atención por lo auténtico para denunciar, tal y como advierte Zizek, que la verdadera utopía es la creencia de que el sistema mundial actual puede reproducirse de forma indefinida. Si algo dejó claro hace más de 150 años Marx en su primer volumen de El Capital a todos los lectores de la época es, justamente, que la única forma de ser verdaderamente realistas es prever lo que, en las coordenadas de este sistema, no tiene más remedio que parecer imposible.

Pero, ¿qué sucede entonces cuando *el menos malo* de los sistemas políticos conocidos -según el adagio liberal- comienza a ser vaciado de contenido y la apelación democrática que lo interpela y lo señala, por ende, comienza a surgir con fuerza desde las calles y plazas, por ciudadanos indignados y desafectos que impugnan, no tanto el sistema como su vaciamiento, su pérdida de entidad, de realidad, es decir, la apropiación de este para otros intereses? Bien, es eso lo que sucedió en 2011 en la llamada Primavera de los Movimientos en todo el mundo. Una convulsión sistémica que impugnó las apropiaciones neoliberales de la democracia representativa liberal y su puesta a disposición de los intereses especulativos de los fondos buitres de inversión, el rescate del sistema financiero y los acreedores de la deuda soberana de buena parte de los países del Sur y también, por primera vez, sorteando los mecanismos de protección, del Norte.

Los movimientos sociales que caracterizan la Primavera de los Movimientos, a los que califico de Recientes Movimientos Sociales Globales (Sabariego, 2017) tienen un prólogo en los que acontecieron en Islandia y Grecia en 2008 con la llamada Revolución de las cacerolas, tras la quiebra de los principales bancos del país y el asesinato por la policía del menor de edad Alexis Grigorópulos en Atenas, respectivamente. Los movimientos sociales que “toman las plazas”, en el *Machrek* y Oriente Próximo desde 2010, los movimientos indignados en el sur de Europa y las protestas del movimiento *Occupy* en Estados Unidos, las masivas ocupaciones de calles y plazas frente a las instituciones, de espacios simbólicos para la ciudadanía en Reikiavik, Túnez, El Cairo, Madrid, Atenas, Lisboa, Londres, Roma, Frankfurt y otras ciudades europeas, Nueva York, Tel Aviv, las protestas del movimiento estudiantil en Santiago de Chile y en las de los ciudadanos

rusos contra la política de Putin y las supuestas irregularidades en las elecciones legislativas de diciembre de 2011 en las principales ciudades del país, entre otros acontecimientos y factores (Aguiló y Sabariego, 2016), nos permiten vislumbrar algunas cuestiones que diferencian a estos movimientos globales de otros movimientos anteriores, a pesar de su diversidad y heterogeneidad, o mejor dicho, a causa de esta.

Los acontecimientos enumerados arriba deben su visibilización en gran parte al impacto de las TICs y el uso masivo y extensivo de estas, no sólo como instrumento comunicativo, sino también como elemento aglutinador, estratégico y organizativo además de simbólico, identitario, expresivo y cognitivo (Sierra y Gravante, 2017), especialmente en el Sur global. El aumento paulatino, la multiplicación y, sobre todo, la replicación exponencial de las protestas en la esfera global (Bennett y Segerberg, 2011).

Esto es, si hay rasgo común a los recientes movimientos sociales, a pesar de sus diferencias, es el carácter global de la apropiación tecnopolítica de las tecnologías de la información y la comunicación (TICs). En una época de capitalismo cognitivo y economía digital esto supone el intento de apropiación de los medios de producción digitales, más allá de los ensayos de construcción de redes de economía colaborativa, economía circular y su desviación perversa hacia la configuración de nuevas formas de precarización bajo la llamada economía de bolos (*gig economy*), que también están alentando nuevas formas de sindicalismo global 2.0 y articulaciones políticas de luchas por parte de trabajadores que ni siquiera tienen reconocido este estatus bajo estas formas digitales de explotación laboral, paradójicamente, *Facebook* especialmente, aunque también *Twitter*, crecieron exponencialmente al calor de las primaveras árabes no sólo en cuanto al número de usuarios y perfiles, sino también en el imaginario popular como herramientas tecnopolíticas para la reivindicación de la democracia y los derechos humanos, generando pingües beneficios a estas compañías multinacionales que cotizan en bolsa.

Si, como bien ha destacado Santos, no podemos establecer una teoría general que totalice estas revueltas de indignación (2015), existen, a pesar de las diferencias entre estos movimientos, elementos comunes y correlaciones diferenciadoras en relación a otros movimientos, que nos permiten calificarlos como Recientes Movimientos Sociales Globales (RMSGs), se trata en definitiva de procesos sociales diferenciados vinculados en complejas densas redes informales que promueven el cambio social o se oponen a la corriente dominante, síntomas de la violencia generada por el capitalismo neoliberal, señalan la crisis global, las lógicas depredadoras de este y su incidencia institucional sobre el proyecto inconcluso del estado del bienestar. Comparten vínculos con otros actores no necesariamente idénticos pero si compatibles, mejor hablar de compatibilidad que de identidad, en una movilización colectiva más amplia, como proceso de reconocimiento mutuo en la diferencia y la heterogeneidad, en el intercambio y la comunicación -como acción común- de experiencias contra-hegemónicas fuertemente arraigada en el uso estratégico (Sierra, 2013, obviamente también como expresión identitaria, de los lenguajes y las herramientas que proporcionan las TICs y las RSI, sin líderes reconocibles, son inapropiables, asamblearios y horizontales, siendo muchas de sus estrategias comunicativas de carácter lúdico, carnavalizadoras y deconstructoras a través del humor y la utilización de significantes festivos.

Evidentemente, en este contexto, al hablar de las fuerzas que configuran la agenda hegemónica de los derechos humanos, de los mecanismos y filtros que inciden en la fabricación del consentimiento, en el siglo XXI ha irrumpido una posibilidad de transformación que, si bien está ligada a la dimensión digital sigue estribando, volviendo a Karl Marx (1976), en el cambio de la conciencia, de la cognición de uno mismo y el paso a la cognición de nuestras necesidades, para con nosotros mismos. Y en este terreno los trabajadores del conocimiento, apenas empiezan a ser conscientes. Como advierte Carlo Formenti, son los trabajadores precarios de la cadena (en Amazon, Glovo, y el sector servicios) los que protagonizan, a día de hoy, la lucha de clases por una vida digna de ser vivida.

La perversas distopías pasadas sobre el futuro (e. g. Brazil, de Terry Gilliam o la actual Black Mirror, en Netflix) nos muestran que el Big Data, la nueva mitología del oráculo levantada a partir de la capacidad de gestión de los datos masivos que generamos a través de nuestras interacciones hiperconectadas, supone una aceleración vertiginosa y una alteración de escala en el uso del modelo de propaganda, amplificado hasta su conversión en un flujo constate, instalado en nuestras vidas cotidianas en la pulsión celular incesante presente en las apps de nuestros smartphones, al ritmo incesante de producción del capitalismo cognitivo, que dice saber más de nosotros que nosotros mismos, siendo capaz de predecir -e inducir- nuestro comportamiento de forma individualizada, diseñando modos de vida e incluso preocupaciones que poco o nada tendrían que ver con nuestras necesidades y deseos, pero que le generarían ubérrimos beneficios y nos mantendrían anestesiadas las conciencias, pendientes de un qué inducido y lejos de un cómo propio, crítico, ofensivo y propositivo, no ya un ideal periclitado, sino todo lo contrario, un lugar común del que apropiarse, para dotarlo de otro sentido común, de un sentido común emancipador.

REFERENCIAS

Adorno, Theodor y Horkheimer, Max (1998). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta.

Aguiló, Antoni y Sabariego, Jesús (2016). “Epistemologies of the South and local elections in Spain: towards politics based on the commons?”, *Revista de Historia Actual*, nº. 40, pp. 95-111.

August, Andrew (2009): “Gender and 1960s Youth Culture: The Rolling Stones and the New Woman”, *Contemporary British History*, Volume 23, nº 1, pp. 79-100.

Barber, Benjamin (1984): *Strong Democracy*. Los Ángeles: University of California Press.

Bauman, Zygmunt (2010): *Modernidad y holocausto*. Madrid: Sequitur.

Butler, Judith y Fraser, Nancy (2017): *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate entre marxismo y feminismo*. Madrid: Traficantes de sueños.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1994). *Mil mesetas*. Valencia: Pre-textos.

Derrida, Jacques (2008). *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*. Madrid: Tecnos.

Fernández Savater, A. (2016, 19 de febrero). Disciplinar la investigación, devaluar la docencia: Cuando la Universidad se vuelve empresa. *El Diario. Es*. Disponible

Foucault, Michel (2004). *Naissance de la biopolitique*. París: Gallimard.

Fukuyama, Francis (1994). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta/De Agostini.

Gramsci, Antonio (1981). *Escritos políticos*: México: Siglo XXI.

Grijelmo, Álex (2012). *La información del silencio. Cómo se miente contando hechos verdaderos*. Madrid: Taurus.

Habermas, Jürgen (2003). *Acción comunicativa y razón sin trascendencia*. Barcelona: Paidós.

Hayek, Friedrich August (1998): *Los fundamentos de la libertad*. Madrid: Unión.

Herman, Edward y Chomsky, Noam (2008). *Manufacturing Consent. The Political Economy of the Mass Media*. Londres: The Bodley Head.

Herrera Flores, Joaquín (1991): *Los derechos humanos desde la Escuela de Budapest*. Madrid: Tecnos.

Herrera Flores, Joaquín (2005). *El proceso cultural. Materiales para la creatividad humana*. Sevilla: Aconcagua.

Hobsbawm, Eric (2000). *Historia del siglo XX. 1914-1991*. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, Eric (2011). *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*. Barcelona: Crítica.

Hoppe, D. (2015): “Los costes del monolingüismo”, *Le Monde Diplomatique*, número 143, Abril.

Jones, Owen (2012). *Chavs. La demonización de la clase obrera*. Madrid: Capitán Swing.

Judt, Tony (2012). *Postguerra*. Madrid: Taurus.

Judt, Tony y Snyder, Timothy (2012). *Pensar el Siglo XX*. Madrid: Taurus.

Laclau, Ernesto (2012). *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica.

Laval, C. & Dardot, P. (2015). *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. Barcelona: Gedisa.

Laval, Christian y Dardot, Pierre (2017). *La pesadilla que nunca acaba*. Barcelona: Gedisa.

Mann, Charles (2006). *1491*. Madrid: Taurus.

Marini, Ruy Mauro (1973). *Dialéctica de la dependencia*. México: Era.

Martín Barbero, Jesús (1981). *De los medios a las mediaciones*. Barcelona: Gustavo Gili.

McLuhan, Marshall (1964). *Understanding Media: The Extensions of Man*. Nueva York: McGraw Hill.

Mattelart, A. (2012). *Historia de la Sociedad de la Información*. Buenos Aires. Paidós.

Mendes, José Manuel y Seixas Ana María (2005). “Acção colectiva e protesto em Portugal: Os movimentos sociais ao espelho dos media (1992-2002)”, *Revista Critica de Ciências Sociais: Acção Colectiva, Protesto e Cidadania*, 72, 99-127.

Mendes, José Manuel y Araújo, Pedro (2013) (orgs.). *Os lugares (im) possíveis da cidadania. Estado e risco num mundo globalizado*. Coimbra: Almedina.

Milan, Stefania (2013). *Social Movements and their technologies*. Londres: Palgrave.

Morozov, Evgeny (2015). *La locura del solucionismo tecnológico*. Madrid: Clave Intelectual.

Rosanvallon, Pierre (2013). *La sociedad de los iguales*. Barcelona: RBA.

Sabariego, Jesús (2007). *Los otros derechos humanos. Cultura, política y movimientos sociales*. Sevilla: Atrapasueños.

Sabariego, Jesús (2017). “Tecnopolítica y Recientes Movimientos Sociales Globales: Cuestiones Preliminares para un estudio de caso español y portugués”, Santos, Boaventura de Sousa y Mendes, José Manuel (Eds.). *Demodiversidad. Imaginar nuevas posibilidades democráticas*. Madrid: Akal, pp. 391-417.

Santos, Boaventura de Sousa (2000). *Crítica da razão indolente*. São Paulo: Cortez.

Santos, Boaventura de Sousa (2015). “Las revueltas mundiales de indignación: su significado para la teoría y para la práctica”, J. L. Exeni (ed.). *Revueltas de indignación y otras conversas*. La Paz: Stigma, pp. 17-36.

Santos, Milton (2000). *Por uma outra globalização*. Rio de Janeiro: Record.

Schmitt, Carl (2009). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza.

Sierra, Francisco (2006). *Políticas de comunicación y educación. Crítica y desarrollo de la Sociedad del Conocimiento*. Barcelona: Gedisa.

Sierra, Francisco (2013). *Ciudadanía, Tecnología y Cultura. Nodos conceptuales para pensar la nueva mediación digital*. Barcelona: Gedisa.

Sierra, Francisco y Gravante, Tommaso (2017). *Tecnopolítica en América Latina y el Caribe*. Quito: CIESPAL.

Soto Ivars, Juan (2017). *Arden las redes*. Barcelona: Debate.

Standing, G. (2016). *The Precariat. A dangerous new class*. Londres: Bloomsbury.

Tapia, L. (2013). *De la forma primordial a América Latina como horizonte epistemológico*. La Paz: CIDES/UMSA.

Touraine, Alain (1985). “An introduction to the study of the social movements.”, *Social Research*, 52 (4), pp. 749-787.

Yproductions (2009). *Innovación en cultura. Una aproximación crítica a la genealogía y usos del concepto*. Madrid: Traficantes de Sueños.